LIBRO TERCERO.

CAPITULO PRIMERO.

Dase noticia del viaje que hicieron á España los enviados de Cortés, y de las contradicciones y embarazos que retardaron su despacho.

Viaje de los comisarios de Cortés.

Entran en la isla de Cuba.

Razon es ya que volvamos á los capitanes Alonso Hernandez Portocarrero y Francisco de Montejo, que partieron de la Vera Cruz con el presente y cartas para el rey: primera noticia y primer tributo de la Nueva España. Hicieron su viaje con felicidad, aunque pudieron aventurarla, por no guardar literalmente las órdenes que llevaban; cuyas interpretaciones suelen destruir los negocios, y aciertan pocas veces con el dictámen del superior. Tenia Francisco de Montejo en la isla de Cuba cerca de la Habana una de las estancias de su repartimiento: y cuando llegaron á vista del cabo de San Anton, propuso á su compañero y al piloto Juan de Alaminos que seria bien acercarse á ella, y proveerse de algunos bastimentos de regalo para el viaje; pues estando aquella poblacion tan distante de la ciudad de Santiago, donde residia Diego Velazquez, se contravenia poco á la sustancia del precepto que les puso Cortés para que se apartasen de su distrito. Consiguió su intento, logrando con este color el deseo que tenia de ver su hacienda; y arriesgó no solo el bajel, sino el presente y todo el negocio de su cargo: porque Diego Velazquez, á quien desvelaban continuamente los zelos de Cortés, tenia distribuidas por todas las poblaciones vecinas á la costa diferentes espías que le avisasen de cualquiera novedad, temiendo que enviase algunos de sus navíos á la isla de Santo Domingo para dar cuenta de su descubrimiento, y pedir socorro á los religiosos gobernadores: cuya instancia deseaba prevenir y embarazar. Supo luego por este medio lo que pasaba en la estancia de Montejo, y despachó en breves horas dos bajeles muy veleros, bien artillados y guarnecidos, para que procurasen aprehender á todo riesgo el navío de Cortés, disponiendo la faccion con tanta celeridad, que fué necesaria toda la ciencia y toda la fortuna del piloto Alaminos para escapar de este peligro, que puso en contingencia todos los progresos de Nueva España.

Interpretaciones de las órdenes.

Fué á instancia de Francisco de Montejo.

Sábelo Diego Velazquez.

Sus diligencias para embarazar el viaje.

Niégase que Montejo se entendiese con Velazquez.

Falta de noticia en Bernal Diaz.

Escapan por el canal de Bahama.

Bernal Diaz del Castillo mancha con poca razon la fama de Francisco de Montejo, digno por su calidad y valor de mejores ausencias. Cúlpale de que faltó á la obligacion en que le puso la confianza de Cortés: dice que salió á su estancia con ánimo de suspender la navegacion, para que tuviese tiempo Diego Velazquez de aprehender el navío: que le escribió una carta con el aviso: que la llevó un marinero arrojándose al agua; y otras circunstancias de poco fundamento, en que se contradice despues, haciendo particular memoria de la resolucion y actividad con que se opuso Francisco de Montejo en la corte á los agentes y valedores de Diego Velazquez; pero tambien escribe que no hallaron estos enviados de Cortés al emperador en España, y afirma otras cosas, de que se conoce la facilidad con que daba los oidos, y que se deben leer con recelo sus noticias en todo aquello que no le informaron sus ojos. Continuaron su viaje por el canal de Bahama, siendo Anton de Alaminos el primer piloto que se arrojó al peligro de sus corrientes: y fué menester entónces toda la violencia con que se precipitan por aquella parte las aguas entre las islas Lucayas y la Florida para salir á lo ancho con brevedad, y dejar frustradas las asechanzas de Diego Velazquez.

Llegan á Sevilla.

Benito Martin en aquella ciudad.

Querélase de Cortés.

Favoreciólos el tiempo, y arribaron á Sevilla por octubre de este año en ménos favorable ocasion, porque se hallaba en aquella ciudad el capellan Benito Martin, que vino á la corte, como dijimos, á solicitar las conveniencias de Diego Velazquez: y habiéndole remitido los títulos de su adelantamiento, aguardaba embarcacion para volverse á la isla de Cuba. Hízole gran novedad este accidente; y valiéndose de su introduccion y solicitud, se querelló de Hernan Cortés y de los que venian en su nombre ante los ministros de la contratacion, que ya se llamaba de las Indias, refiriendo: «Que aquel navío era de su amo Diego «Velazquez, y todo lo que venia en él perteneciente á sus «conquistas: que la entrada en las provincias de tierra firme «se habia ejecutado furtivamente, y sin autoridad, alzándose «Cortés y los que le acompañaban con la armada que Diego «Velazquez tenia prevenida para la misma empresa: que los «capitanes Portocarrero y Montejo eran dignos de grave cas«tigo; y por lo ménos se debia embargar el bajel y su carga «miéntras no legitimasen los títulos, de cuya virtud emanaba «su comision.» Tenia Diego Velazquez muchos defensores en Sevilla, porque regalaba con liberalidad: y esto era lo mismo que tener razon, por lo ménos en los casos dudosos, que se interpretan las mas veces con la voluntad. Admitióse la instancia; y últimamente se hizo el embargo, permi-

Embargo del navío.

tiendo á los enviados de Cortés por gran equivalencia que acudiesen al rey.

Parten á Barcelona los comisarios.

Llegan fuera de tiempo.

Partieron con esta permision á Barcelona los dos capitanes y el piloto Alaminos, creyendo hallar la corte en aquella ciudad; pero llegaron á tiempo que acababa de partir el rey á la Coruña, donde tenia convocadas las cortes de Castilla, y prevenida su armada para pasar á Flandes, instado ya prolijamente de los clamores de Alemania, que le llamaban á la corona del imperio. No se resolvieron á seguir la corte, por no hablar de paso en negocio tan grave, que mezclado entre las inquietudes del camino, perderia la novedad, sin hallar la consideracion: por cuyo reparo se encaminaron á Medellin con ánimo de visitar á Martin Cortés, y ver si podian conseguir que viniese con ellos á la presencia del rey, para que autorizase con sus canas y con su representacion la instancia y la persona de su hijo. Recibiólos aquel venerable anciano con la ternura que se deja considerar en un padre cuidadoso y desconsolado, que ya le lloraba muerto; y halló con las nuevas de su vida tanto que admirar en sus acciones, y tanto que celebrar en su fortuna.

Pasan á Medellin.

Ternura de Martin Cortes.

Va con los comisarios á Tordesillas.

Determinóse luego á seguirlos, y tomando noticia del parage donde se hallaba el emperador (así le llamaremos ya), supieron que habia de hacer mansion en Tordesillas, para despedirse de la reina doña Juana su madre, y despachar algunas dependencias de su jornada. Aquí le esperaron, y aquí tuvieron la primera audiencia, favorecidos de una casualidad oportuna: porque los ministros de Sevilla no se atrevieron á detener en el embargo lo que venia para el emperador; y llegaron á la misma sazon el presente de Cortés y los Indios de la nueva conquista: con cuyo accidente fueron mejor escuchadas las novedades que referian, facilitándose por los ojos la estrañeza de los oidos: porque aquellas alhajas de oro preciosas por la materia y por el arte, aquellas curiosidades y primores de pluma y algodon, y aquellos racionales de tan rara fisonomía que parecian hombres de segunda especie, fueron otros tantos testigos que hicieron creible, dejando admirable su narracion.

Consiguen audiencia del emperador.

Llega al mismo tiempo el presente de Cortés.

Favorécelos el emperador.

Oyólos el emperador con mucha gratitud: y el primer movimiento de aquel ánimo real fué volverse á Dios, y darle rendidas gracias de que en su tiempo se hallasen nuevas regiones donde introducir su nombre y dilatar su Evangelio. Tuvo con ellos diferentes conferencias: informóse cuidadosamente de las cosas de aquel nuevo mundo, del dominio y fuerzas de Motezuma, de la calidad y talento de Cortés: hizo algunas preguntas al piloto Alaminos concernientes á la navegacion: mandó que los Indios se lle-

Infórmase de aquellas novedades.

vasen á Sevilla, para que se conservasen mejor en temple mas benigno: y segun lo que se pudo colegir entónces del afecto con que deseaba fomentar aquella empresa, fuera breve y favorable su resolucion, si no le embarazaran otras dependencias de gravísimo peso.

Nuevas inquietudes en Castilla, que apresuraron el viaje del emperador.

Llegaban cada dia nuevas cartas de las ciudades con proposiciones poco reverentes: lamentábase Castilla de que se sacasen sus cortes á Galicia: estaba zeloso el reino de que pesase mas el imperio: andaba mezclada con protestas la obediencia: y finalmente se iba derramando poco á poco en los ánimos la semilla de las comunidades. Todos amaban al rey, y todos le perdian el respeto; sentian su ausencia, lloraban su falta; y este amor natural convertido en pasion, ó mal administrado, se hizo brevemente amenaza de su dominio. Resolvió apresurar su jornada, por apartarse de las quejas; y la ejecutó, creyendo volver con brevedad, y que no le seria dificultoso corregir despues aquellos malos humores que dejaba movidos. Así lo consiguió; pero respetando los altos motivos que le obligaron á este viaje, no podemos dejar de conocer que se aventuró á gran pérdida; y que, á la verdad, hace poco por la salud quien se fia del esceso, en suposicion de que habrá remedios cuando llegue la necesidad.

Aventurada resolucion.

Remitese al cardenal Adriano la instancia de Cortés.

Quedó remitida, por estos embarazos, la instancia de Cortés al cardenal Adriano, y á la junta de prelados y ministros que le habian de aconsejar en el gobierno durante la ausencia del emperador, con órden para que oyendo al consejo de Indias, se tomase medio en las pretensiones de Diego Velazquez, y se diese calor al descubrimiento y conquista espiritual de aquella tierra, que ya se iba dejando conocer por el nombre de Nueva España.

Presidia en este consejo, formado pocos dias ántes, Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Burgos, y concurrian en él Hernando de Vega, señor de Grajal, don Francisco Zapata y don Antonio de Padilla, del consejo real, y Pedro Mártir de Angleria, protonotario de Aragon. Tenia el presidente gran suposicion en las materias de las Indias, porque las habia manejado muchos dias, y todos cedian á su autoridad y á su esperiencia. Favorecia con descubierta voluntad á Diego Velazquez, y pudo ser que le hiciese fuerza su razon, ó el concepto en que le tenia: que Bernal Diaz del Castillo refiere las causas de su pasion con indecencia y prolijidad; pero tambien dice lo que oyó, y seria mucho ménos, ó no seria. Lo que no se puede negar es, que perdió mucho en sus informes la causa de Cortés, y que dió mal nombre á su conquista tratándola como delito de mala consecuencia. Representaba que

Favorece á Velazquez el obispo de Burgos.

Sus informes contra Cortés.

Diego Velazquez, segun el título que tenia del emperador, era dueño de la empresa, y segun justicia, de los mismos medios con que se habia conseguido. Ponderaba lo poco que se podia fiar de un hombre rebelde á su mismo superior, y lo que se debian temer en provincias tan remotas estos principios de sedicion; protestaba los daños; y últimamente cargó tanto la mano en sus representaciones, que puso en cuidado al cardenal y á los de la junta. No dejaban de conocer que se afectaba con sobrado fervor la razon de Diego Velazquez; pero no se atrevian á resolver negocio tan grave contra el parecer de un ministro tan graduado; ni tenian por conveniente desconfiar á Cortés, cuando estaba tan arrestado, y en la verdad se le debia un descubrimiento tanto mayor que los pasados: cuyas dudas y contradicciones fueron retardando la resolucion de modo que volvió el emperador de su jornada, y llegaron segundos comisarios de Cortés, primero que se tomase acuerdo en sus pretensiones. Lo mas que pudieron conseguir Martin Cortés y sus compañeros fué, que se les mandasen librar algunas cantidades para su gasto sobre los mismos efectos que tenian embargados en Sevilla; con cuya moderada subvencion estuvieron dos años en la corte, siguiendo los tribunales como pretendientes desvalidos: hecho esta vez negocio particular el interes de la monarquía, de cuantas suelen hacerse causa pública los intereses particulares.

Ponen en cuidado al cardenal, y dilatan la resolucion.

Vanas diligencias de Martin Cortés y sus compañeros.

CAPITULO II.

Procura Motezuma desviar la paz de Tlascala: vienen los de aquella república á continuar su instancia; y Hernan Cortés ejecuta su marcha, y hace su entrada en la ciudad.

En el discurso de los seis dias que se detuvo Hernan Cortés en su alojamiento para cumplir con los Mejicanos, se conoció con nuevas esperiencias el afecto con que deseaban la paz los de Tlascala, y cuanto se recelaban de los oficios y diligencias de Motezuma. Llegaron dentro del plazo señalado los embajadores que se esperaban, y fueron recibidos con la urbanidad acostumbrada. Venian seis caballeros de la familia real con lucido acompañamiento, y otro presente de la misma calidad, y poco mas valor que el pasado. Habló el uno de ellos, y, no sin aparato de palabras y exageraciones, ponderó: « Cuánto deseaba el supremo emperador (y al decir « su nombre hicieron todos una profunda humilia- « cion) ser amigo y confederado del príncipe grande á quien

Llegan nuevos embajadores de Motezuma.

Su proposicion.

« obedecian los Españoles, cuya magestad resplandecia tanto en « el valor de sus vasallos, que se hallaba inclinado á pagarle to- « dos los años algun tributo, partiendo con él las ri- « quezas de que abundaba, porque le tenia en gran « veneracion, considerándole hijo del sol, ó por lo « ménos señor de las regiones felicísimas donde nace « la luz; pero que habian de preceder á este ajusta- « miento dos condiciones. La primera, que se abstu- « viesen Hernan Cortés y los suyos de confederarse con los de « Tlascala; pues no era bien que hallándose tan obligados de sus « dádivas, se hiciesen parciales de sus enemigos. Y la segunda, « que acabasen de persuadirse á que no era posible ni puesto en « razon el intento de pasar á Méjico: porque segun las leyes de « su imperio, ni él podia dejarse ver de gentes estrangeras, ni « sus vasallos lo permitirian. Que considerasen bien los peligros « de ambas temeridades; porque los Tlascaltecas eran tan incli- « nados á la traicion y al latrocinio, que solo tratarian de asegu- « rarlos para vengarse de ellos, y aprovecharse del oro con que los « habia enriquecido; y los Mejicanos tan zelosos de sus leyes y « tan mal acondicionados, que no podria reprimirlos su autoridad, « ni los Españoles quejarse de lo que padeciesen, tantas veces « amonestados de lo que aventuraban. »

Partidos que ofrecieron para desviar de la paz de Tlascala, y embarazar la jornada de Mejico.

De este género fué la oracion del Mejicano, y todas las embajadas y diligencias de Motezuma paraban en procurar que no se le acercasen los Españoles. Mirábalos con el horror de sus presagios; y fingiéndose la obediencia de sus dioses, hacia religion de su mismo desaliento. Suspendió Cortés por entónces su respuesta, y solo dijo: « Que seria razon que descansa- « sen de su jornada, y que los despacharia brevemente. » Deseaba que fuesen testigos de la paz de Tlascala; y miró tambien á lo que importaba detenerlos, porque no se despechase Motezuma con la noticia de su resolucion, y tratase de ponerse en defensa: que ya se sabia su desprevencion, y no se ignoraba la facilidad con que podia convocar sus ejércitos.

Suspende Cortés la respuesta.

Dieron tanto cuidado en Tlascala estas embajadas, á que atribuian la detencion de Cortés, que resolvieron los del gobierno, por última demostracion de su afecto, venir al cuartel en forma de senado para conducirle á su ciudad; ó no volver á ella sin dejar enteramente acreditada la sinceridad de su trato, y desvanecidas las negociaciones de Motezuma.

Vienen los Tlascaltecas en forma de senado con grande aparato.

Era solemne y numeroso el acompañamiento, y pacífico el color de los adornos y las plumas. Venian los senadores en andas ó sillas portátiles sobre los hombros de ministros inferiores; y en el mejor lugar Magiscatzin, que favoreció siempre la causa de los Españoles, y el padre de Jicoten-

Magiscatzin como mas antiguo.

cal, anciano venerable, á quien habia quitado los ojos la vejez; pero sin ofender la cabeza, pues se conservaba todavía con opinion de sabio entre los consejeros. Apeáronse poco ántes de llegar á la casa donde los esperaba Cortés: y el ciego se adelantó á los demas, pidiendo á los que le conducian que le acercasen al capitan de los orientales. Abrazóle con estraordinario contento, y despues le aplicaba por diferentes partes el tacto, como quien deseaba conocerle, supliendo con las manos el defecto de los ojos. Sentáronse todos, y á ruego de Magiscatzin habló el ciego en esta sustancia:

Adelántase Jicotencal el ciego.

Habla por el senado.

« Ya, valeroso capitan, seas ó no del género mortal, tienes en tu poder al senado de Tlascala, última « señal de nuestro rendimiento. No venimos á disculpar el yerro « de nuestra nacion; sino á tomarle sobre nosotros, fiando á nuestra verdad tu desenojo. Nuestra fué la resolucion de la guerra; « pero tambien ha sido nuestra la determinacion de la paz. Apresurada fué la primera, y tarda es la segunda; pero no suelen ser « de peor calidad las resoluciones mas consideradas; ántes se borra « con trabajo lo que se imprime con dificultad: y puedo asegurar « que la misma detencion nos dió mayor conocimiento de tu valor, « y profundó los cimientos de nuestra constancia. No ignoramos « que Motezuma intenta disuadirte de nuestra confederacion: escúchale como á nuestro enemigo, si no le considerares como tirano, que ya lo parece quien te busca para la sinrazon. Nosotros « no queremos que nos ayudes contra él, que para todo lo que no « eres tú nos bastan nuestras fuerzas: solo sentiremos que fies tu « seguridad de sus ofertas; porque conocemos sus artificios y « maquinaciones, y acá en mi ceguedad se me ofrecen algunas « luces que me descubren desde léjos tu peligro. Puede ser que « Tlascala se haga famosa en el mundo por la defensa de tu razon; « pero dejemos al tiempo tu desengaño: que no es vaticinio lo « que se colige fácilmente de su tiranía y de nuestra fidelidad. Ya « nos ofreciste la paz: si no te detiene Motezuma, ¿qué te detiene? ¿Porqué te niegas á nuestras instancias? ¿Porqué dejas « de honrar nuestra ciudad con tu presencia? Resueltos venimos « á conquistar de una vez tu voluntad y tu confianza, ó poner en « tus manos nuestra libertad: elige, pues, de estos dos partidos « el que mas te agradare: que para nosotros nada es tercero entre « las dos fortunas, de tus amigos ó tus prisioneros. »

Así concluyó su oracion el ciego venerable, porque no faltase algun Apio Claudio en este consistorio, como el otro que oró en el senado contra los Epirotas: y no se puede negar que los Tlascaltecas eran hombres de mas que ordinario discurso, como se ha visto en su gobierno, acciones y razonamientos. Algunos escritores poco afectos á la nacion española tratan á los Indios como brutos incapaces de razon,

Los Tlascaltecas hombres de razon y elocuencia.

para dar ménos estimacion á su conquista. Es verdad que se admiraban con simplicidad de ver hombres de otro género, color y trage: que tenian por monstruosidad las barbas, accidente que negó á sus rostros la naturaleza: que daban el oro por el vidrio: que tenian por rayos las armas de fuego, y por fieras los caballos; pero todos eran efectos de la novedad, que ofenden poco al entendimiento: porque la admiracion, aunque suponga ignorancia, no supone incapacidad; ni propiamente se puede llamar ignorancia, la falta de noticia. Dios los hizo racionales; y no porque permitió su ceguedad, dejó de poner en ellos toda la capacidad y dotes naturales que fueron necesarios á la conservacion de la especie, y debidos á la perfeccion de sus obras. Volvamos, empero, á nuestra narracion, y no autoricemos la calumnia sobrando en la defensa.

No se deben tratar los Indios como brutos.

La admiracion no es ignorancia.

No pudo resistir Hernan Cortés á esta demostracion del senado, ni tenia ya que esperar, habiéndose cumplido el término que ofreció á los Mejicanos; y así respondió con toda estimacion á los senadores, y los hizo regalar con algunos presentes, deseando acreditar con ellos su agrado y su confianza. Fué necesario persuadirlos con resolucion para que se volviesen: y lo consiguió, dándoles palabra de mudar luego su alojamiento á la ciudad, sin mas detencion que la necesaria para juntar alguna gente de los lugares vecinos que condujesen la artillería y el bagage. Aceptaron ellos la palabra, haciéndosela repetir con mas afecto que desconfianza; y partieron contentos y asegurados, tomando á su cuenta la diligencia de juntar y remitir los Indios de carga que fuesen menester: y apénas rayó la primera luz del dia siguiente, cuando se hallaron á la puerta del cuartel quinientos tamenes tan bien industriados, que competian sobre la carga, haciendo pretension de su mismo trabajo.

Responde Cortés al senado.

Vienen de Tlascala Indios de carga.

Tratóse luego de la marcha: púsose la gente en escuadron, y dando su lugar á la artillería y al bagage, se fué siguiendo el camino de Tlascala con toda la buena ordenanza, prevencion y cuidado que observaba siempre aquel pequeño ejército: á cuya rigurosa disciplina se debió mucha parte de sus operaciones. Estaba la campaña por ambos lados poblada de innumerables Indios, que salian de sus pueblos á la novedad: y eran tantos sus gritos y ademanes, que pudieran pasar por clamores ó amenazas de las que usaban en la guerra, si no dijera doña Marina que usaban tambien de aquellos alaridos en sus mayores fiestas, y que, celebrando á su modo la dicha que habian conseguido, victoreaban y bendecian á los nuevos amigos: con cuya noticia se llevó mejor la molestia de las voces, siendo necesaria entónces la paciencia para el aplauso.

Marcha el ejército á Tlascala.

Concurso de los Indios en el camino.

Recibimiento del senado.

Salieron los senadores largo trecho de la ciudad á recibir el ejército con toda la ostentacion y pompa de sus funciones públicas, asistidos de los nobles, que hacian vanidad en semejantes casos de autorizar á los ministros de su república. Hicieron al llegar sus reverencias; y sin detenerse caminaron delante, dando á entender con este apresurado rendimiento lo que deseaban adelantar la marcha, ó no detener á los que acompañaban.

Aplausos de la entrada.

Al entrar en la ciudad resonaron los víctores y aclamaciones con mayor estruendo; porque se mezclaba con el grito popular la música disonante de sus flautas, atabalillos y bocinas. Era tanto el concurso de la gente, que trabajaron mucho los ministros del senado en concertar la muchedumbre, para desembarazar las calles. Arrojaban las mugeres diferentes flores sobre los Españoles, y las mas atrevidas ó ménos recatadas se acercaban hasta ponerlas en sus manos. Los sacerdotes, arrastrando las ropas talares de sus sacrificios, salieron al paso con sus braserillos de copal; y sin saber que acertaban, significaron el aplauso con el humo. Dejábase conocer en los semblantes de todos la sinceridad del ánimo, pero con varios afectos: porque andaba la admiracion mezclada con el contento, y el alborozo templado con la veneracion. El alojamiento, que tenian prevenido con todo lo necesario para la comodidad y el regalo, era la mejor casa de la ciudad, donde habia tres ó cuatro patios muy espaciosos, con tantos y tan capaces aposentos, que consiguió Cortés sin dificultad la conveniencia de tener unida su gente. Llevó consigo á los embajadores de Motezuma, por mas que lo resistieron, y los alojó cerca de sí: porque iban asegurados en su respeto, y estaban temerosos de que se les hiciese alguna violencia. Fué la entrada y última reduccion de Tlascala en veintitres de setiembre del mismo año de mil y quinientos y diez y nueve: dia en que los Españoles consiguieron una paz con circunstancias de triunfo, tan durable y de tanta consecuencia para la conquista de Nueva España, que se conservan hoy en aquella provincia diferentes prerogativas y esenciones obtenidas en remuneracion de aquella primera constancia: honrado monumento de su antigua fidelidad.

Sinceridad de los Tlascaltecas.

Alojamiento de Cortés.

Llevó Cortés consigo á los embajadores de Motezuma.

Privilegios de Tlascala.

CAPITULO III.

Describese la ciudad de Tlascala: quéjanse los senadores de que anduviesen armados los Españoles, sintiendo su desconfianza; y Cortés los satisface, y procura reducir á que dejen la idolatría.

Descripcion de Tlascala.

Era entónces Tlascala una ciudad muy populosa, fundada sobre cuatro eminencias poco distantes, que se prolongaban de oriente á poniente con desigual magnitud: y fiadas en la natural fortaleza de sus peñascos contenian en sí los edificios, formando cuatro cabeceras ó barrios distintos, cuya division se unia y comunicaba por diferentes calles de paredes gruesas que servian de muralla. Gobernaban estas poblaciones con señorío de vasallage cuatro caciques descendientes de sus primeros fundadores, que pendian del senado, y ordinariamente concurrian en él; pero con sujecion á sus órdenes en todo lo político, y segundas instancias de sus vasallos. Las casas se levantaban moderadamente de la tierra, porque no usaban segundo techo: su fábrica de piedra y ladrillo; y en vez de tejados azuteas y corredores: las calles angostas y torcidas, segun conservaba su dificultad la aspereza de la montaña. ¡Estraordinaria situacion y arquitectura! ménos á la comodidad que á la defensa.

Cuatro barrios.

Sus edificios.

Su latitud y longitud.

Tenia toda la provincia cincuenta leguas de circunferencia: diez su longitud de oriente á poniente; y cuatro su latitud de norte á sur. Pais montuoso y quebrado, pero muy fértil, y bien cultivado en todos los parages donde la frecuencia de los riscos daba lugar al beneficio de la tierra. Confinaba por todas partes con provincias de la faccion de Motezuma: solo por la del norte cerraba, mas que dividia, sus límites la gran cordillera, por cuyas montañas inaccesibles se comunicaban con los Otomíes, Totonaques y otras naciones bárbaras de su confederacion. Las poblaciones eran muchas y de numerosa vecindad: la gente, inclinada desde la niñez á la supersticion y al ejercicio de las armas, en cuyo manejo se imponian y habilitaban con emulacion; hiciéselos montaraces el clima ó valientes la necesidad. Abundaban de maiz, y esta semilla respondia tan bien al sudor de los villanos, que dió á la provincia el nombre de Tlascala; voz que en su lengua es lo mismo que tierra de pan. Habia frutas de gran variedad y regalo: cazas de todo género; y era una de sus fertilidades la cochinilla, cuyo uso no conocian, hasta que le aprendieron de los Españoles.

Sus confines.

Inclinacion de los naturales.

Su fertilidad.

La cochinilla.

Debióse de llamar así del grano coccíneo, que dió entre nosotros nombre á la grana; pero en aquellas partes es un género de insecto como gusanillo pequeño, que nace y adquiere la última sazon sobre las hojas de un árbol rústico y espinoso, que llamaban entónces tuna silvestre, y ya le benefician como fructífero; debiendo su mayor comercio y utilidad al precioso tinte de sus gusanos, nada inferior al que hallaron los antiguos en la sangre del múrice y la púrpura, tan celebrado en los mantos de sus reyes.

Tuna silvestre.

Tenia tambien sus pensiones la felicidad natural de aquella provincia, sujeta, por la vecindad de las montañas, á grandes tempestades, horribles huracanes, y frecuentes inundaciones del rio Zahual, que no contento algunos años con destruir las mieses y arrancar los árboles, solia buscar los edificios en lo mas alto de las eminencias. Dicen que Zahual en su idioma significa rio de sarna, porque se cubrian de ella los que usaban de sus aguas en la bebida ó en el baño: segunda malignidad de su corriente. Y no era la menor entre las calamidades que padecia Tlascala el carecer de sal, cuya falta desazonaba todas sus abundancias: y aunque pudieran traerla fácilmente de las tierras de Motezuma con el precio de sus granos, tenian á menor inconveniente sufrir el sinsabor de sus manjares, que abrir el comercio á sus enemigos.

Sus tempestades.

Sus inundaciones.

Rio Zahual.

Falta de sal en Tlascala.

Estas y otras observaciones de su gobierno, reparables á la verdad en la rudeza de aquella gente, hacian admiracion, y ponian en cuidado á los Españoles. Cortés escondia su recelo; pero continuaba las guardias en su alojamiento: y cuando salia con los Indios á la ciudad, llevaba consigo parte de su gente, sin olvidar las armas de fuego. Andaban tambien en tropas los soldados, y con la misma prevencion, procurando todos acreditar la confianza de manera que no pareciese descuido. Pero los Indios, que deseaban sin artificio ni afectacion la amistad de los Españoles, se desconsolaban pundonorosamente de que no se arrimasen las armas, y se acabase de creer su fidelidad: punto que se discurrió en el senado; por cuyo decreto vino Magiscatzin á significar este sentimiento á Cortés, y ponderó mucho: « Cuanto disonaban aquellas prevencio-
« nes de guerra donde todos estaban sujetos, obedientes y deseosos
« de agradar: que la vigilancia con que se vivia en el cuartel
« denotaba poca seguridad; y los soldados que salian á la ciudad
« con sus rayos al hombro, puesto que no hiciesen mal, ofendian
« mas con la desconfianza, que ofendieran con el agravio. Dijo
« que las armas se debian tratar como peso inútil donde no eran
« necesarias, y parecian mal entre amigos de buena ley y desar-

Cortés continua sus guardias.

Los Españoles armados y cuidadosos.

Quéjase la república de este cuidado.

Da la queja Magiscatzin.

« mados: » y concluyó suplicando encarecidamente á Cortés, de parte del senado y toda la ciudad, « que mandase cesar en aque-
« llas demostraciones y aparatos, que al parecer, conservaban
« señales de guerra mal fenecida, ó por lo ménos eran indicios de
« amistad escrupulosa. »

Cortés le respondió: « Que tenia conocida la buena
« correspondencia de sus ciudadanos, y estaba sin
« recelo de que pudiesen contravenir á la paz que
« tanto habian deseado: que las guardias que se hacian, y el cui-
« dado que reparaban en su alojamiento, era conforme á la usanza
« de su tierra, donde vivian siempre militarmente los soldados, y
« se habilitaban en el tiempo de la paz á los trabajos de la guerra,
« por cuyo medio se aprendia la obediencia y se hacia costumbre
« la vigilancia: que las armas tambien eran adorno y circunstancia
« de su trage, y las traian como gala de su profesion; por cuya
« causa les pedia que se asegurasen de su amistad, y no estraña-
« sen aquellas demostraciones, propias de su milicia, y compa-
« tibles con la paz entre los de su nacion. » Halló camino de satisfacer á sus amigos, sin faltar á la razon de su cautela: y Magiscatzin, hombre de espíritu guerrero, que habia gobernado en su mocedad las armas de su república, se agradó tanto de aquel estilo militar y loable costumbre, que no solo volvió sin queja, pero fué deseoso de introducir en sus ejércitos este género de vigilancia y ejercicios, que distinguian y habilitaban los soldados.

Diestra satisfaccion de Cortès.

Dase por satisfecho Magiscatzin.

Quietáronse con esta noticia los paisanos, y asistian todos con diligente servidumbre al obsequio de los Españoles. Conocíase mas cada dia su voluntad: los regalos fueron muchos, cazas de todos géneros, y frutas estraordinarias, con algunas ropas y curiosidades de poco precio, pero lo mejor que daba de sí la penuria de aquellos montes, cerrados al comercio de las regiones que producian el oro y la plata. La mejor sala del alojamiento se reservó para capilla, donde se levantó sobre gradas el altar, y se colocaron algunas imágenes con la mayor decencia que fué posible. Celebrábase todos los dias el santo sacrificio de la misa con asistencia de los Indios principales, que callaban admirados ó respectivos; y aunque no estuviesen devotos, cuidaban de no estorbar la devocion. Todo lo reparaban, y todo les hacia novedad, y mayor estimacion de los Españoles: cuyas virtudes conocian y veneraban, mas por lo que se hacen ellas amar, que porque las supiesen el nombre, ni las ejercitasen.

Regalos de los Tlascaltecas.

Hácese una capilla en el alojamiento.

Un dia preguntó Magiscatzin á Cortés: « Si era
« mortal: porque sus obras y las de su gente parecian
« mas que naturales, y contenian en sí aquel género de bondad y
« grandeza que consideraban ellos en sus dioses; pero que no en-

Dudas de Magiscatzin.

« tendian aquellas ceremonias con que, al parecer, reconocian otra « deidad superior : porque los aparatos eran de sacrificio, y no « hallaban en él la víctima, ó la ofrenda con que se aplacaban los « dioses; ni sabian que pudiese haber sacrificio, sin que muriese « alguno por la salud de los demas. »

Satisface á ellas Cortés.

Con esta ocasion tomó la mano Cortés, y satisfaciendo á sus preguntas, confesó con ingenuidad : « Que su naturaleza y la de todos sus soldados era « mortal; » porque no se atrevió á contemporizar con el engaño de aquella gente, cuando trataba de volver por la verdad infalible de su religion; pero añadió : « Que « como hijos de mejor clima tenian mas espíritu y mayores fuerzas « que los otros hombres : » y sin admitir el atributo de inmortal, se quedó con la reputacion de invencible. Díjoles tambien : « Que « no solo reconocian superior en el cielo, donde adoraban al único « señor de todo el universo; pero tambien eran súbditos y vasa- « llos del mayor príncipe de la tierra, en cuyo dominio estaban ya « los de Tlascala : pues siendo hermanos de los Españoles, no po- « dian dejar de obedecer á quien ellos obedecian. » Pasó luego á discurrir en lo mas esencial; y aunque oró fervorosamente contra la idolatría, hallando con su buena razon bastantes fundamentos para impugnar y destruir la multiplicidad de los dioses, y el error abominable de sus sacrificios, cuando llegó á tocar en los misterios de la fé, le parecieron dignos de mejor esplicacion, y dió lugar, discreto hasta en callar á tiempo, para que hablase el padre fray Bartolomé de Olmedo. Procuró este religioso introducirlos poco á poco en el conocimiento de la verdad, esplicando como docto y como prudente los puntos principales de la religion cristiana de modo que pudiese abrazarlos la voluntad sin fatiga del entendimiento : porque nunca es bien dar con toda la luz en los ojos á los que habitan en la oscuridad. Pero Magiscatzin y los demas que le asistian dieron por entónces poca esperanza de reducirse. Decian : « Que aquel Dios, á « quien adoraban los Españoles, era muy grande, y seria mayor « que los suyos; pero que cada uno tenia poder en su tierra, y « allí necesitaban de un dios contra los rayos y tempestades : de « otro para las avenidas y las mieses : de otro para la guerra, y « así de las demas necesidades; porque no era posible que uno « solo cuidase de todo. » Mejor admitieron la proposicion del señor temporal : porque se allanaron desde luego á ser sus vasallos, y preguntaban si los defenderia de Motezuma, poniendo en esto la razon de su obediencia; pero al mismo tiempo pedian con humildad y encogimiento : « Que « no saliese de allí la plática de mudar religion, porque « si lo llegaban á entender sus dioses, llamarian á sus

Confiesa la mortalidad de los Españoles.

Discurre sobre la religion.

Introduce en este asunto al P. Fr. Bartolomé.

Dieron poca esperanza de reducirse.

Ajústanse á la obediencia del rey.

Miedo ridículo de sus dioses.

« tempestades y echarian mano de sus avenidas para que los ani- « quilasen. » Así los tenia poseidos el error, y atemorizados el demonio. Lo mas que se pudo conseguir entónces fué que dejasen los sacrificios de sangre humana, porque les hizo fuerza lo que se oponian á la ley natural : y con efecto fueron puestos en libertad los miserables cautivos que habian de morir en sus festividades, y se rompieron diferentes cárceles y jaulas, donde los tenian y preparaban con el buen tratamiento, no tanto porque llegasen decentes al sacrificio, como porque no viniesen deslucidos al plato.

Dejan los sacrificios de sangre humana.

No quedó satisfecho Hernan Cortés con esta demostracion; ántes proponia entre los suyos que se derribasen los ídolos, trayendo en consecuencia la faccion y el suceso de Zempoala; como si fuera lo mismo intentar semejante novedad en lugar de tanto mayor poblacion : engañábale su celo, y no le desengañaba su ánimo. Pero el padre fray Bartolomé de Olmedo le puso en razon, diciéndole con entereza religiosa : « Que no estaba sin escrúpulo de la fuerza « que se hizo á los de Zempoala : porque se compadecian mal la « violencia y el Evangelio; y aquello en la sustancia era derribar « los altares, y dejar los ídolos en el corazon. » A que añadió : « que la empresa de reducir aquellos gentiles pedia mas tiempo y « mas suavidad : porque no era buen camino para darles á conocer « su engaño, malquistar con torcedores la verdad; y ántes de in- « troducir á Dios se debia desterrar al demonio : guerra de otra mi- « licia y de otras armas. » A cuya persuasion y autoridad rindió Hernan Cortés su dictámen, reprimiendo los ímpetus de su piedad; y de allí adelante se trató solamente de ganar y disponer las voluntades de aquellos Indios, haciendo amable con las obras la religion, para que á vista de ellas conociesen la disonancia y abominacion de sus costumbres, y por estas la deformidad y torpeza de sus dioses.

Desea Cortés derribar los ídolos.

Detiénele Fr. Bartolomé.

CAPITULO IV.

Despacha Hernan Cortés los embajadores de Motezuma. Reconoce Diego de Ordaz el volcan de Popocatepec, y se resuelve la jornada por Cholula.

Pasados tres ó cuatro dias que se gastaron en estas primeras funciones de Tlascala, volvió el ánimo Cortés al despacho de los embajadores mejicanos. Detúvolos para que viesen totalmente rendidos á los que tenian por indómitos : y la respuesta que les dió fué breve y artificiosa : « Que dijesen á Mo- « tezuma lo que llevaban entendido, y habia pasado « en su presencia : las instancias y demostraciones

Respuesta de Cortés á los embajadores de Motezuma.